

# MEXICANO ILUSTRE EN LA FUNDACION DE LA ACADEMIA DE SAN CARLOS DE VALENCIA



**Don Antonio Lorenzo López Portillo**

En su destierro de Bolonia, el jesuita Juan Luis Maneiro escribió su obra «De vita Antonii Lopezii Portilli, Mexici primun deinde Valentiae Canonici», publicada en esa ciudad universitaria el año de 1791. De ella se valió el doctor don José Mariano Beristain de Souza, de las Universidades de Valencia y Valladolid, Deán de la Metropolitana de México, para escribir la biografía del doctor don Antonio Lorenzo López Portillo, que incluyó en su «Biblioteca Hispano Americana Septentrional», que apareció por vez primera en los años de 1816 a 1821, en varios tomos. De esa importante bibliografía, en la edición citada al final, y otros trabajos allí mismo mencionados, hemos tomado las noticias que siguen.

A fines del siglo xv vivía en la villa de Caparrosa (Navarra), don Francisco López Portillo, caballero de la Orden de Santiago; su nieto, el capitán don Alonso López Portillo, vino a América y participó en la conquista del Reino de la Nueva Vizcaya, siendo uno de los fundadores de la villa de Concordia (antes San Sebastián), en Sinaloa, casado con doña Antonia Trejo, y su hijo don Andrés fue Alférez Real y alcalde de dicha villa, siendo esposo de doña Francisca de Rojas. Hijo de ese matrimonio, don Juan López Portillo y Rojas, casó con doña Josefa Galindo de Guevara, quienes procrearon a don Juan Antonio López Portillo y Galindo, que contrajo nupcias con doña Rosa Berrotarán e Iranzo, que fueron los padres de nuestro biografiado, doctor don ANTONIO LORENZO LOPEZ PORTILLO Y BERROTARAN, que a veces se firmaba «y Galindo», por ser frecuente entonces continuar el apellido paterno.

Un pariente importante, que tuvo mucha influencia en el principio de su carrera eclesiástica había sido su tío, don fray Antonio Guadalupe López Portillo y Caicedo, que fue Ministro General de la Orden franciscana, Obispo de Comayagua (Honduras), y Asistente al Sacro Solio Pontificio. Desde pequeño, don Antonio Lorenzo se puso por modelo a su notable pariente.

Don Antonio Lorenzo López Portillo nació en Guadalajara, Jalisco (México), el día diez de agosto de 1730, hijo legítimo de don Juan Antonio López Portillo y Galindo y de doña Rosa Berrotarán, fue bautizado el día dieciséis del mismo mes y año por fray Pedro Padilla, siendo su madrina Ana Flora Jiménez. A los catorce años de edad ya había concluido en el Seminario Conciliar de Guadalajara sus estudios de latinidad y filosofía, pasando al Colegio de San Juan Bautista, de la misma ciudad, que regentaba la Compañía de Jesús, a estudiar teología, siendo su maestro el padre Pedro Reales, castellano. A los 17 años defendió en un acto escolástico la doctrina de Santo Tomás de Aquino, llamando la atención por su talento y erudición, muy superior a lo que podía esperarse de su corta edad. Obtuvo por oposición la Beca Real del Colegio de San Ildefonso de México, en donde se dedicó al estudio de la jurisprudencia civil y canónica. Su memoria era prodigiosa y grande su erudición, unidos a una vida estricta y buenas costumbres. En un acto de estatuto de su colegio defendió en la Universidad las

instituciones de Justiniano y la obra de Antonio Pichardó.

En la Universidad tuvo brillante actuación, en tres actos públicos literarios durante los días 28 de mayo, 6 y 11 de junio de 1754. Fueron, por mañana y tarde, en el aula general grande de la Universidad. En cada día lo examinaban y argumentaban seis o siete doctores por la mañana y otros tantos diferentes por la tarde. Quedando sumamente complacido el claustro de 90 doctores con que contaba la Universidad, lo mismo que la numerosa concurrencia que asistió admirada de tan extraordinaria sabiduría, feliz memoria y deslumbrante talento. Por todo esto decretó el claustro, casi con unanimidad, con una sola y rara excepción, otorgar al alumno, gratis y sólo previos los ejercicios literarios de estatuto, las cuatro borlas de maestro de artes y doctor en teología, cánones y leyes. Todo esto para estímulo de la juventud y justo premio de su labor, ordenando se colocase su retrato en el aula mayor, en donde aún se encuentra, del viejo Colegio de San Ildefonso, hoy Preparatoria del Estado. El Rey aprobó todo esto, por lo que su fama corrió por todo el mundo hispánico.

Pronto fue provisto el doctor López Portillo de una prebenda en la Catedral Metropolitana de México, obteniendo luego una canongía. Todo parecía sonreír en su vida por sus grandes dotes de orador, esperando las mayores dignidades en su patria. Fue nombrado Rector de la Universidad, Capellán Mayor del Convento de Religiosas de Santa Brígida y Sinodal del Arzobispado, fue Socio Benemérito de la Sociedad Vascongada, que era muy importante en esa época por pertenecer a ella los mayores comerciantes de la ciudad.

El señor Arzobispo Rubio y Salinas había tenido especial predilección por don Antonio Lorenzo, pero el 3 de julio de 1765 expiraba ese excelente Prelado, siendo sustituido por el eminentísimo señor Francisco Antonio Lorenzana, el cual se propuso ejecutar con la mayor energía y apoyando las medidas del Virrey Croix, la expulsión de los miembros de la Compañía de Jesús el año de 1767, recién llegado, ya que el año anterior había recibido la Arquidiócesis. Además, con el mayor esfuerzo, procuró celebrar el IV Concilio Provincial Mexicano, con acuerdo real pero con la oposición de la mayoría de los miembros del Cabildo de la Catedral de México, entre los que se contaba el señor López Portillo.

El fracaso del IV Concilio, que no fue aprobado en España, hizo concebir al señor Lorenzana bastante mala voluntad contra don Antonio Lorenzo, al grado que le atribuyó sin mayores pruebas la paternidad de un papel anónimo en que se atacaba una Pastoral del Prelado, y se defendía a los jesuitas. Aún «in articulo mortis» negó el señor don Antonio Lorenzo esa acusación, que calificó de calum-

nia. Pero eso festinó el fin de su carrera en la Nueva España. El señor Lorenzana fue elevado al Arzobispado de Toledo y nombrado Cardenal, aparte de varios cargos palatinos que lo acercaban a la Corte. Influyó para que se diera una especie de destierro al señor López Portillo, nombrándolo Canónigo de la Catedral de Valencia.

Pero dado el talento de don Antonio Lorenzo, el destierro resultó para él muy agradable, ya que en Valencia se le apreció como merecía; llegando a esa noble ciudad en 1772, logró la benevolencia de sus colegas canónigos de Valencia y aun el aprecio del Prelado. En el mundo literario español llegó a cultivar la amistad del padre Feijóo, y también con el distinguido caballero don Pedro de Silva, hermano del Marqués de Santa Cruz, que se hospedó en la casa del Canónigo a su regreso de la desdichada expedición de Argel, en donde tuvo el cargo de Mariscal de Campo. Pero los consejos y ejemplo del señor López Portillo le hicieron renunciar a sus honores militares y tomar el estado eclesiástico, en donde brilló mucho. Al fallecer el señor López Portillo, en Valencia, el 11 de enero de 1780, lo nombró su albacea.

Uno de los honores más importantes que recibió en Valencia nuestro biografiado fue el haber pronunciado la «Oración inaugural de la Academia de San Carlos de Valencia en la primera pública distribución de premios a los alumnos de las Tres Nobles Artes», que salió impreso en folio el año de 1773, cuando fue nombrado Académico de Honor de la Real Academia de las Tres Nobles Artes de Valencia. Su cadáver estuvo insepulto tres días, sin mostrar señales de corrupción a pesar de lo haber sido embalsamado, para admiración de sus amigos y feligreses que lloraron su temprana muerte a los cincuenta años, cuando aún se esperaba mucho de su inteligencia privilegiada, y preparaba un acto público en Madrid sobre un importante asunto de matemáticas, en cuya ciencia también tenía grandes conocimientos, lo que podía haber causado se olvidase el incidente del papel anónimo.

La memoria del ilustre Canónigo de Valencia quedará siempre presente en esa gentil ciudad por medio de las publicaciones que se hicieron de sus discursos. Conocemos dos de éstos, editados en 1772 y 1775; el primero en la imprenta de Benito Montfort, bajo el título de «Oración en la exequias del excelentísimo señor don Tomás Azpuru, Arzobispo de Valencia», en el cual testimonia su admiración por el difunto prelado. El segundo, más importante, lo estudiaremos con algún detalle.

Es éste también de la misma imprenta, pero incluido en la «Noticia histórica de los principios, progreso y erección de la Real Academia de las nobles artes, pintura, escultura y arquitectura, esta-

blecida en Valencia con el título de San Carlos, y relación de los premios que distribuyó en la junta pública celebrada en 18 de agosto de 1773». Las primeras 28 páginas incluyen un informe sobre la fundación de la Academia y sus principales actividades. Al final de esa página aparece lo siguiente: «Recibidos los premios y vueltos a sus asientos los opositores premiados, dijo el Señor Don Antonio López Portillo, Académico de Honor, y canónigo de esta Santa Metropolitana Iglesia, en alabanza de las tres nobles artes la oración siguiente:

Tiene un elegante principio: «Sea mil veces enhorabuena, sea para gloria del Rey nuestro Señor (que Dios guarde, prospere y engrandezca), sea para honor inmortal de Valencia.» Más adelante recuerda su patria lejana: «Nacido a millares de leguas de nuestra península, la sangre de mis abuelos me formó desde luego un corazón todo español, todo patriota y en todos tiempos me ha inspirado los más vivos y tiernos sentimientos a esta patria común.» Pero más que español en general, se siente particularmente atraído por «la bella, la amable, la sabia, la ilustre Valencia».

Es, sin duda, muy sincera su admiración por Valencia, por los valencianos, por el clima, la belleza de la huerta y su variada y suculenta producción; pero, sobre todo, por la amabilidad y dotes intelectuales de los habitantes de esa privilegiada región, en donde López Portillo, el desterrado, fue aceptado y agasajado por todas las clases sociales y pudo desarrollar su talento sin cortapisas.

Nota cuán bien dotado es el genio valenciano para las bellas Artes, particularmente para la pintura. Como el clima tan grato y poco extremo se presta mucho para el impulso artístico, por los bellos celajes, aire puro y agradable vegetación. Por todo esto nota la necesidad del establecimiento de la Academia de las tres nobles artes, en donde competentes maestros enseñan todas las diversas materias de arte y ciencia, necesarias para la formación de buenos pintores, escultores y arquitectos. Hace notar la diferencia que existe entre los estudios académicos y los de los antiguos talleres en que los aprendices con trabajo podían emular al maestro.

Critica al arte barroco y al renacentista los errores en que incurrían por su ignorancia en historia y mitología, falseando hechos religiosos o históricos y principalmente su preferencia por lo mitológico. En cambio, elogia a la pintura religiosa española, que procura, lo mismo que la escultura, producir verda-

dera piedad en los que contemplan esas obras, no siendo así en las obras italianas tan paganas, y las costumbristas flamencas.

A la escultura también dedica frases de elogio y advierte el gusto neoclásico por las formas puras. La arquitectura, como ciencia y como arte, la considera la más sutil, por crear la habituación humana y los locales adecuados para todas las actividades en el mundo.

En todas estas actividades promete con justicia grandes frutos la Real Academia de San Carlos, y pronostica con acierto cómo artistas formados en esa noble casa de estudios iluminarán con sus luces no sólo a la España peninsular, sino también la de allende los mares.

Al elogiar la arquitectura de Valencia, menciona sus templos, palacios y calzadas; pero se maravilla especialmente por la obra subterránea, de la acequia madre y los albañales, que fue un adelanto notable en esa época, más aún que contaba con muchos siglos de duración. Siendo así como los arquitectos valencianos desde los tiempos más remotos han dejado notables ejemplos de su pericia.

El sabio Antonio Lorenzo López Portillo pudo darse cuenta de la habilidad de los artistas valencianos, pero no podía imaginarse la influencia que tendrían en su región natal los genios valencianos de Tolsá, Jimeno y otros, que fueron los impulsores de la mejicana Academia de San Carlos que produjo óptimos frutos en el Nuevo Continente. El que esto escribe, también hijo de la Guadalajara mejicana, no puede menos de unirse a la admiración del genio valenciano y a la gratitud que profesamos a la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos de Valencia.

RICARDO LANCASTER JONES Y VERA

#### BIBLIOGRAFIA

BERISTAIN DE SOUZA, DR. D. JOSÉ MARIANO, *Biblioteca Hispano Americana Septentrional*, 5 vols. en 2 tomos. Ediciones Fuente Cultural. México, 1947.

LÁNCASTER-JONES, RICARDO, *La Familia López Portillo de la Nueva Galicia y la Nueva Vizcaya*. "Gaceta de Guadalajara", núm. 89. Guadalajara, 1.º de 1950.

LÁNCASTER-JONES, RICARDO, *Un Mexicano, Ministro General de la Orden Franciscana*. Revista "Basílica", núm. 89, octubre de 1961. Guadalajara, Jalisco (México).

PALAU Y DULCET, ANTONIO, *Manual del Librero Hispanoamericano*. Tomo 7. Librería Palau. Barcelona, 1964.

ROMERO FLORES, JESÚS, *Iconografía Colonial*. Museo Nacional. México, 1940.

SOSA, FRANCISCO, *El Episcopado Mexicano*. Editorial Jus. México, 1962.